

MAX DECIDE HACER ESFUERZOS

Max estaba disfrutando a tope en la playa. Había conseguido mantenerse durante unos segundos en la tabla de surf.

-“¡Mamá, papá, mirad lo que hago!”

¡Plash! ¡Al agua! Su hermana, desde la orilla, se rió a carcajadas. “¡Max, estás más tiempo en el agua que en la plancha!”

“¡Estupendo, Max! ¡Estoy muy orgulloso de ti!” - le gritó su padre.

En el coche, de vuelta ya a casa, Max iba soñando con que iba veloz en la tabla, sobre un mar embravecido, como un campeón.

-“Mamá, ¿Cuándo serán las próximas vacaciones?”

-“Ahora lo que tienes que hacer es prepararte para el comienzo de curso. Acuérdate de que el año pasado sacaste muy malas notas.”

“¡Vaya! ¡Mamá siempre estropeando los buenos momentos!” - Max comenzó a pensar: “Todos los años me prometo que voy a escuchar a la maestra, a no hablar en clase, a hacer mis deberes, a no llegar tarde..., pero nunca lo consigo. No sé qué me pasa”

Los padres de Max estaban preocupados por la actitud de Max en la escuela. No parecía interesarle nada, no atendía, para él era un suplicio hacer sus deberes. “¿Qué vamos a hacer este curso?”, se preguntaba preocupada su madre. “Creo que debemos tener confianza en él”, dijo el padre. Para animar a sus hijos les despidieron a la puerta del autobús.

-“Estamos seguros de que este año vais a sacar unas notas fabulosas. Papá y yo confiamos completamente en vosotros. Sois estupendos”.

La despedida deprimió a Max. “¡Como me estresa que quieran motivarme! Todavía me siento peor”, le dijo a su hermana.

La clase comenzó mal. Mejor dicho, comenzó como siempre. “¡Max, debes esforzarte más!”, volvió a decirle la profe, sacándole de sus fantasías, en el momento en que estaba a punto de adelantar a su rival en el campeonato.

“Explícame qué planes tienes para este curso”. Max se dio cuenta de que no podía escabullirse y que tenía que contestar. “Señorita, ¡voy a esforzarme en hacer esfuerzos!” - dijo. Los compañeros de Max se rieron.

-“No debéis reiros, sino imitarle”. “¿En qué, en estar en la luna?”

- “No, en intentar hacer esfuerzos.”

- Max, cuenta conmigo para conseguirlo”

-“Gracias, señorita, prefiero hacerlo sólo” - dijo Max con gran orgullo.

De camino a casa, Max habla con su amiga Clara:

- “Esta mañana en clase has estado un poco raro.”

- “Es que me he dado cuenta de repente de que estas vacaciones he cambiado”.

-“¿Qué te ha pasado? ¿Te has enamorado?”

- “No, después de quince días de intentarlo, conseguí estar más de un minuto encima de la tabla de surf. ¡Fue fantástico!”.

- “No parece mucho tiempo”.

- “No es eso lo importante, Clara. Lo que comprendí es que si me empeñaba podía conseguirlo. He decidido ser dueño de mi vida”.

Clara pensó que Max seguía siendo un fantasioso.

Pero no, Max quería de verdad conseguirlo, deseaba conducir el tren de su vida, y no ir de pasajero por unas vías que otros habían construido.

Deseaba, con todas sus fuerzas, sentirse CAPAZ. Pero esto era más fácil de decir que de hacer. Quería estar atento, pero le venían a la cabeza cosas divertidas: el surf, por ejemplo. En casa se ponía a estudiar, pero la televisión era una tentación, y el móvil, y la consola, y el frigorífico, y la ventana, y hasta una mosca. ¡Todas esas cosas estaban en contra suya! ¡No podía concentrarse!

Una noche, en televisión vio un reportaje sobre Alcohólicos Anónimos, hablando de la dificultad que tenían en dejar la bebida. Pensó que él era una especie de Alcohólico Anónimo de la distracción. Incluso se lo dijo a su padre:

- “Papá, soy un Alcohólico Anónimo”.

Su padre le miró sorprendido- “Será de Coca-Cola” - y se rió.

Pero aquello le dio a Max una idea. Había visto en el reportaje que los AA cuando estaban a punto de caer en la tentación, tenían que llamar a un amigo –otro AA- para pedirle que le ayudara a no hacerlo. Al día siguiente, Max se lo explicó a sus cuatro amigos, tan poco estudiosos como él:

- “¿No estáis cansados de que seamos los peores de la clase? Yo sí. Y se me ha ocurrido un plan para dejar de serlo: Podíamos formar una banda: el CVA”.

- “¿Y eso que es?” - le preguntó Jaime.

- “Club de Vagos Anónimos. Se trata de que cada vez que uno no tenga ganas de estudiar, y esté a punto de encender la consola, o de largarse a la calle, llame a otro del club y le diga SOS. Y el otro tiene que convencerle de que siga estudiando”.

Aquella idea funcionó bastante bien, aunque con muchos tropiezos. Max había llenado la mesa con muchos carteles, que decían cosas como “SOY MI PROPIO JEFE”, “YO SI PUEDO”, “MI VIDA ES EL SURF”, “NADA PUEDE CONMIGO”, “SOY UN SUPERHÉROE”. Pero un día estaba contándoselo a Clara durante la clase de matemáticas, y de nuevo se llevó una buena regañina.

Aquella tarde, su hermana le vio muy silencioso y sin ganas de merendar.

- “¿Qué te pasa Max?”.

- “Que he vuelto a hablar en clase, y me han vuelto a echar una bronca. ¡No lo conseguiré nunca!”

- “Pero Max, acuérdate de este verano, ¿cuántas veces te caíste de la tabla? Y acabaste por mantenerte encima un montón de tiempo.”

- “¡Fue solo un minuto, y te reíste de mi.”

- “Fue un poco de envidia, porque yo no lo había conseguido. Pero estaba muy orgullosa de ti”.

A Max se le alegró la cara. – “Que hambre tengo, vámonos a merendar.”

Inspirado en *Max Décide de Faire des Efforts*.

Dominique de Saint Mars y Serge Bloch. Ed. Calligram 2009.